



UNO

Maya

Estoy en un bar y hay un chico a mi lado que me sonríe de forma íntima, como si conociera todos mis secretos y aun así yo le agradara. Es un tanto inquietante porque estoy segura de que jams lo vi en mi vida, y soy buena para recordar rostros. Sin embargo, es el tipo de sonrisa que se ganara al instante a cualquiera que pueda confiar en un hombre de sonrisa carismática. Eso se lo puedo reconocer.

Es una pena que yo no sea ese tipo de personas.

Pero resulta que quiero algo de él, así que le devuelvo de forma descarada esa sonrisa sedosa y espero.

–Estoy tratando de descifrar algo –dice para romper el hielo luego de unos segundos. Tiene que elevar la voz para hacerse oír. Est n pasando una canción pop que suena con los graves muy bajos y a un volumen demasiado alto.

– Qu  podrá ser? –y mientras se lo pregunto, le echo un vistazo al cantinero, pero él está atendiendo a alguien más. Voy a tener que esperar un buen rato.

Bien.

—¿Por qué crees que a alguien se le ocurrió que todos los cócteles más sabrosos son para chicas? ¿Qué hace que un trago sea para chicas o para chicos? Es solo *un trago*.

Cuando las películas y los programas de televisión me advirtieron que los chicos me harían preguntas en un bar para coquetear conmigo, esto no era exactamente lo que esperaba. Aunque eso puede ser porque esos bares por lo general están en un club exclusivo o en algún restaurante asquerosamente caro. Tal vez, cuando estás en el bar de un boliche poco convencional donde los bolos son de neón, las mesas están decoradas con recortes de periódicos y la bebida distintiva del lugar se sirve en un cuenco para sopa, es de esperar que las cosas se desvíen un poco de lo habitual. Incluyendo los elogios de flirteo y todo eso.

—Supongo que son sexistas —le respondo encogiendo los hombros.

—Bueno, sí... se da por hecho. Pero sabes que no fue una chica la que inventó esa regla, así que, ¿por qué los hombres la cagamos de esa manera? Los chicos pueden beber café sin que los miren raro, pero te apuesto *cualquier cosa* que, si vuelvo a mi mesa con un Espresso Martini mis amigos se burlarán de mí para siempre. *Para siempre* —repite lo último con énfasis y golpea el puño sobre la barra. El cantinero le echa una mirada furiosa y el chico quita la mano repentinamente.

No me sorprende que un grupo de chicos se comporte como imbecil sobre cosas tan estúpidas. Pero no entiendo *muy bien* por qué de repente él decidió compartir esa información conmigo.

—¿A quién le importa si lo haces? ¿Acaso tu masculinidad es tan frágil?

Y entonces vuelve a mostrar su sonrisa deslumbrante.

–Sé que esto me hará sonar muy mal, pero sí. Desafortunadamente lo es y estoy trabajando en ello, pero hoy no es el día.

Y por fin tiene sentido.

–Por casualidad estoy en una mesa solo de chicas que estarán encantadas de que te nos unas para que puedas beber tu Espresso Martini en paz. Sin que te juzguen.

–Bueno, *esa* es una propuesta interesante –responde el chico.

Lo dice como si de la nada le hubiera dado una idea genial y como si de *ninguna manera* hubiera intentado guiar la conversación para invitarme un trago. Parece haberse tomado demasiado trabajo cuando en realidad le hubiera dicho que sí si, ya saben, simplemente me hubiera preguntado si podía invitarme una copa. Pero aquí estamos. Hablando de verle el lado bueno.

–Bueno –continúa– ¿qué te parece si ordeno un Espresso Martini para mí y te invito lo que quieras beber para agradecerte y luego tú me invitas a tu mesa para presentarme a tus amigas que no critican?

Simulo pensar en la oferta mientras el cantinero termina de servir a otro cliente. Entonces, finalmente asiento.

–Seguro, estoy de acuerdo. Que sean un Espresso Martini y un rosa pasión exprimido, por favor.

Unos minutos más tarde, con las bebidas en las manos, el chico (que se presenta como Andre) me sigue hasta mi mesa.

–Toma, ya puedes tomar tu bebida.

–Ah, no es para mí –le respondo.

Camina más despacio mientras pasa alrededor de unas mesas llenas de jugadores de bolos que beben un líquido rosa de cuencos para sopa.

–¿Entonces para quién compré la bebida?

–Tú acabas de invitar a mi hermana un trago por su cumpleaños número veinte. Muy cortés de tu parte. Estamos en aquella mesa de allí.

Llegamos a la mesa de mi hermana, Rosie. Bueno, en realidad son dos mesas juntas para las nueve del grupo. Rosie me echa un vistazo sorprendido en señal de aprobación. “Pan comido”, le digo con los labios.

Ella fue quien vio a Andre sentado con sus amigos a algunas pistas de distancia de nosotras cuando estábamos jugando. Fue muy dramática al respecto, cuando nos anunció en voz bien baja que cometería un delito federal con tal de conseguir su número. Después de que terminamos de jugar, fuimos al sector de mesas para la *verdadera* atracción del boliche para Rosie (bebidas sin alcohol y paredes floreadas para sacarse fotos y publicarlas en Instagram) y Andre y sus amigos hicieron lo mismo, solo que se sentaron del otro lado del área.

Así que, obviamente, cuando vimos que Andre se dirigía solo hacia la barra, decidimos que alguien tenía que ir a tantear el terreno, y obviamente, me tuve que ofrecer. Estoy bastante segura de que en varios estados puede ser ilegal negarse a hacerle un favor a tu hermana en el día de su cumpleaños. O tal vez sea una cuestión de la mafia. De cualquier modo, me aseguré de que fuera soltero y le gustaran las chicas, y con un poco de suerte sería capaz de convencerlo para que le deseara un feliz cumpleaños a mi hermosa y soltera hermana. Misión cumplida. O algo así.

–Rosie, él es Andre. Te compró un trago por tu cumpleaños –le digo mientras me acomodo en mi asiento a su lado.

–*Qué* amable, gracias –le dice ella mientras las otras chicas de la mesa le sonríen de forma inocente, como si no hubiéramos planeado nada de eso.

Mi mejor amiga, Olivia, lo llama con la mano para que él tome asiento.

–Bueno, no puede beber sola el día de su cumpleaños, ¿verdad?

Andre me mira a mí y a Rosie antes de tomar una silla de una mesa vacía y se acomoda al lado de mi hermana. Si le sorprende sentarse junto a Rosie en vez de junto a mí, definitivamente no parece molestarle. Y tampoco debería. En mi opinión, se ganó la lotería con Rosie.

–¿Cómo lo *haces*? Yo no podría jamás –me pregunta Olivia en voz baja.

–No lo sé. No creo que sea mi apariencia despampanante, porque esa eres tú. –Me encojo de hombros.

–*Cierto*.

Vuelvo a mi bebida sin alcohol de mango y lichi que, por suerte, viene en un vaso alto, no en un cuenco.

–Solo les hablo. Son solo chicos, no me intimidan.

–¿Solo las mujeres te intimidan? –bromea Olivia.

–Okey, estás bromeando, pero es literal. Jamás podría hablarle de la nada a una chica hermosa. Moriría primero.

–¿Lo ves? Así es exactamente cómo me siento con los hombres.

La sonrisa se le borra al finalizar la oración, y enarca las cejas al ver algo que está por encima de mi cabeza. Le sigo la mirada hasta el televisor que cuelga de la pared detrás de mí, debajo de un arco de flores de papel crepé en color pastel.

El titular dice: *El hermano de la princesa Samantha de Chalonne, Jordy Miller, les lee a unos huérfanos; les lleva dulces y esperanza*. En la pantalla aparece el mismo Jordy Miller frente a un orfanato de Chalonne, recibiendo una tarjeta gigante de agradecimiento por parte de uno de los niños. Tiene la mano apoyada sobre el pecho como si el corazón le fuera a explotar.

Ese maldito hijo de puta.

Los demás también miran, incluyendo a Rosie y Andre. Él es el primero en reaccionar al ver que nosotras nos quedamos mirando mientras agita la bebida en la mano de forma animada.

—Éramos amigos cuando él solía vivir aquí. Yo era uno de sus mejores amigos —comenta en un tono bastante fanfarrón.

—¿En serio? ¿Nos vimos alguna vez? —le pregunto confundida.

Como dije, estoy *segura* de que jamás le vi el rostro, así que de verdad me toma por sorpresa oír eso.

Ahora le toca a él quedar desconcertado.

—¿Por qué habríamos de conocernos?

—Porque Maya salió con él como por... ¿un año? —responde Rosie, riendo.

Andre examina mi rostro como si intentara recordar. Estoy bastante segura de lo que sucederá después.

Tres, dos...

—*Espera*. Espera un momento. Tú no eres la chica que se volvió loca cuando él se mudó, ¿cierto?

Uno.

Algunas de las chicas lo abuchean.

—Por favor, no lo hagas —le advierte Rosie.

—Te dejamos sentarte con *nosotras* —agrega Olivia echando chispas por los ojos.

—De acuerdo, de acuerdo. Parece que hay más detrás de todo eso —dice Andre mirándonos a las tres, confundido.

Me quedo con la mirada fija en mi bebida, contando los cubitos de hielo y *de verdad* deseando de repente que jamás me hubiera ofrecido para ir a tantear el maldito terreno.

—Él es un imbécil que la engañó. Y si llamas loca a Maya otra vez,

tu Martini terminará en tu cabeza y ni siquiera tendrás tiempo para impedirlo.

—*Jordy*? —pregunta él con escepticismo y levantando las manos—. ¿Hablas de nuestro Jordy Miller? ¿El que les lee a los niños, dona a la caridad e inventó el feminismo?

Hay *muchos* cubitos de hielo en mi vaso.

Olivia no se echa atrás.

—Era el novio de Maya, se mudó a Canadá, la engañó durante dos *meses*, luego, cuando Maya lo descubrió, él rompió con ella. No sé qué parte de todo eso es feminista. O tal vez necesitas buscar la definición.

—No, no es necesario. Quiero decir, la historia que me contaron era un tanto diferente. Pero lo entiendo. A veces estas cosas se vuelven retorcidas.

El punto es que está diciendo lo correcto, pero me doy cuenta por el tono de voz que no lo cree. Verán, he descubierto algo acerca de las personas a lo largo de los últimos dos años, aun cuando se consideran racionales y justas, por lo general creen en la historia que escuchan primero. ¿Alguna vez oyeron la frase “la mejor defensa es una buena ofensa”? Este es un claro ejemplo. La persona que consigue hacer oír primero su versión de los hechos es la que se convierte en la autora de los libros de historia. Escribir historia es fácil. Reescribirla es lo difícil.

Desafortunadamente para mí, Jordy se aseguró de que se conociera su versión de la historia antes de que yo me enterara siquiera de que estaba en la carrera. En esa versión, él terminó conmigo entre lágrimas para poder mudarse del país y me dijo que jamás me olvidaría. Entonces, de alguna forma entendí que aún estábamos juntos, a pesar de su discurso de ruptura *tan claro*. Poco tiempo después, le

pedí a una amiga que viajara a Canadá para que lo siguiera, y luego me volví loca de celos cuando me informó que él había continuado con su vida y lo acusé de engañarme sin razón alguna.

Es una gran historia para Jordy. Seguramente lo deja pintado del lado más brillante. Ni Da Vinci mismo podría pintarlo tan bien.

La lástima es pura basura.

Para este momento, los amigos de Andre deben estar preguntándose a dónde se habrá ido, pero él no parece estar tan preocupado por haberlos dejado plantados. Otra lástima.

Rosie, quien ya no parece estar super emocionada por tenerlo en la mesa, se da cuenta de mi expresión y se encarga de cambiar de tema. El cielo bendiga a la maldita niña.

—¿Así que también fuiste a la secundaria Sigmund? —le pregunta a Andre.

Mientras él le responde, Olivia se reclina a mi lado.

—Ey, ¿estás bien?

Enderezo la espalda y me obligo a sonreír.

—Mm. Solía estarlo.

Jordy ya no aparece por la televisión, pero aún puedo verle el rostro posando frente al orfanato. Sonriendo a la presentadora de la forma en que solía hacerlo para mí. Como si ella fuera la persona más interesante del mundo.

Dios, esa mirada solía hacerme sentir que el corazón me estallaría en el pecho.

Me pregunto cuántas otras deben sentirse así cuando ven a Jordy Miller sonreírles desde el televisor. O desde las revistas o desde algún póster pegado en la pared.

¿Cuántas de ellas le ven el caparazón y creen conocer lo que hay debajo de esas capas de encanto? ¿Y qué dirían si supieran?

Olivia me mira de manera escéptica y estoy a punto de insistirle que estoy bien, *de verdad*, con ese tono agudo que convence *por completo* a las personas que definitivamente no estás a la defensiva, pero me suena el teléfono. Salvada por la campana.

–Aguarda, lo siento –le digo y me llevo el teléfono a la oreja–: ¿Hola?

–Hola, ¿estoy hablando con Maya Bailey?

–Ella habla.

–Soy *eezgwendbushmееford zhombareemaday*...

Me levanto del asiento.

–Aguarda, lo siento, no puedo oírte. Deja que salga de este lugar. Solo... voy a... okey. –Cierro la puerta de cristal detrás de mí y me desplomo sobre una banca en el aparcadero–. Lo siento, ¿quién habla?

–Soy Gwendolyn Bushman, de Producciones Bushman y Siegal. Te estamos llamando porque tenemos una propuesta excitante para ofrecerte y creemos que te encantará ser parte.

Jamás en mi vida he oído hablar de esa compañía productora y estoy bastante segura de que es una llamada para estafarme. En cualquier momento van a pedirme los datos de mi tarjeta de crédito.

–Disculpa, ¿cómo conseguiste mi número? –le pregunto mientras acerco un dedo al botón para cortar la llamada.

–Por medio de Jordy Miller.

Si no estuviera sentada, me habría caído al suelo del shock.

–¿Jordy?

–Sí. Nuestro equipo ha producido algunos de los reality shows más populares de los últimos años. ¿Conoces *Nerds en la selva*, *Citas sin cafeína* y *Remodelaciones extremas: Cuartos de baño*?

–¿Quién no?

—Son todos nuestros. Tenemos un proyecto emocionante para este año, un show llamado *Segundas oportunidades*. Cada temporada seguirá a un pretendiente y sus ex; ellos tienen que volver a salir para ver si las chispas que los hicieron enamorarse una vez vuelven a surgir luego de que ambas partes hayan crecido y madurado. ¡Estamos muy felices de contar con Jordy como el primer pretendiente de todos!

Me tomo un segundo para procesar la información.

—¿Jordy Miller va a participar de un reality show? —pregunto por fin.

—Sí. Y esperamos que tú también.

Miro por instinto hacia el bar y veo la mesa donde están mis amigas. De pronto, siento la necesidad de salir corriendo hacia ellas y pedirles que se lancen encima de mí para que me entierren debajo del peso de sus cuerpos y así aplasten la *ira pura* que está hirviendo en mi interior.

—¿Quieren que salga otra vez con Jordy Miller? ¿Para la televisión?

—Sí. La serie se filmará en Loreux, Chalonne, y tú te hospedarás en una mansión *hermosa* al lado de un lago. Es algo importante. Por supuesto, la comida está incluida y recibirás una pequeña compensación a cambio de tu participación...

—Mira, no sé por qué Jordy pensó en mí para que participara —la interrumpo—, pero no estoy interesada y él debería saberlo.

—Sé que puede sentirse así cuando una relación no funciona. Pero el punto es, *algo* los llevó a que estuvieran juntos en un principio. Cuando las personas crecen, por lo general, cambian para mejor. Es probable que él haya conservado ese algo especial, pero tal vez algunas de esas diferencias que los separaron...

–Déjame ser clara, Gwendolyn. Preferiría que me traguen las entrañas del infierno y hacer un pacto con el mismísimo ángel caído, Lucifer, antes que salir de nuevo con Jordy Miller.

La pausa que hace ella al sorprenderse se extiende tanto que casi me echo a reír en el silencio.

–El ángel caído, Lucifer, es el diablo –dice finalmente, como si creyera que me he equivocado.

–Sí, Gwendolyn.

–¿Dices que prefieres salir con Satán antes que con Jordy?

–Te estoy diciendo que preferiría salir en un reality show con el mismísimo príncipe de las sombras, Gwendolyn, sí.

–Es una opinión fuerte como un demonio.

–Me parece que es una *maldita* opinión.

Estoy disfrutando de nuestra charla, pero Gwendolyn no se ríe.

–¿Qué dices si dejo que lo pienses?

–Preferiría que no.

–¿Puedes darme tu dirección de correo? Podría enviarte el paquete informativo. Es muy bueno, hicimos un pequeño PowerPoint...

–*El mismo Satán*, Gwendolyn.

–Te anotaré como “tal vez”.

–Por favor, no.

–¡Fue un placer hablar contigo, Maya! Espero con ansias verte en la hermosa Chalonne. A propósito, la grabación comienza en dos meses.

–Literalmente no podría interesarme menos, Gwendolyn.

–Okey, cuídate –dice con una risita.

–Tú también, Gwendolyn.

Corto la llamada y luego me tomo unos cinco minutos para clavar la mirada en el espacio, con la cabeza vacía.

Finalmente, un pensamiento me atraviesa y grita en el centro de mi cerebro como si hubiera visto un asesinato sangriento.

Jamás quise tener algo que ver con él otra vez.

Es un pensamiento desesperado, furioso, hastiado, que duele; todo a la vez. Pero me deshago de esas emociones porque por supuesto que no les voy a dar lugar, aunque aparezcan, así no tengo que sentir nada.

Ni loca seré parte de eso. Claro que no. Bajo ninguna circunstancia. Ni que me pagaran un millón de dólares.

Bueno, a decir verdad, tal vez por un millón de dólares. Pero Gwendolyn no dijo nada acerca de un millón de dólares, y es probable que lo hubiera mencionado si fuera relevante, porque Dios sabe que el dinero es un punto mucho más persuasivo que la promesa de tener un romance, que me jodan de nuevo y que Jordy Miller me manipule.

Otra vez.

Así que, de una manera relajada, natural y totalmente casual me dirijo de nuevo al bar y de forma despreocupada tomo asiento al lado de Olivia y le sonrío como si no tuviera ningún problema en este mundo. Porque no los tengo. Estoy bien. Estoy malditamente *bien*.

Ella me mira y frunce el ceño.

—Linda, ¿qué ocurre? Luces como si hubieras visto un fantasma.